

Festival de Cannes

El conmovedor amor lésbico de Adèle, en lo alto de la Palma

OTTI RODRÍGUEZ MARCHANTE

La competición por la Palma de oro se está hinchando como un forúnculo y esto ya no se arregla hasta que llegue el jurado que preside Spielberg a sajarlo; aunque el último título en salir, «La vida de Adèle, capítulo 1 y 2», de Abdellatif Kechiche, a punto ha estado de reventarlo con una sacudida de terremoto y una actriz, Adèle Exarchopoulos, de apenas veinte años, que agarró el premio de interpretación con dos manos y ya no se lo quita de ellas ni Houdini. Incluso ensombreció a la enorme y conmovedora película de Payne, «Nebraska», que encierra como hiciera en «Los descendientes» ese temblor emocional entre dos generaciones y la tierra que pisan.

El francotunecino Kechiche coge en asombroso primer plano a una joven estudiante y su intuitivo descubrimiento de sí misma y de sus pasiones emocionales y sexuales, que crepitan y saltan como granos de maíz en una sartén al conocer a una chica fascinante con el pelo azul... Es el capítulo 1, el de la revelación y la exploración, y en el que el choque de cuerpos está filmado con la potencia de esos feroces apareamientos de ciertas especies animales; Kechiche introduce con

Vuelve Jerry Lewis

El genial cómico protagonizó una de las más desternillantes ruedas de prensa del festival, al que acudió para presentar «Max Rose», en la que hace de pianista de jazz retirado. Pese a su avanzada edad (87 años) y su evidente sordera, Lewis bromeó con los periodistas, las azafatas, se definió como «loco payaso» y soltó una chanza a una pregunta sobre Dean Martin: «Está muerto, ¿sabes? Cuando llegué aquí y vi que no estaba supe que algo iba mal», dijo entre risas./D.M.

Jerry Lewis en su rueda de prensa.



notable vehemencia su cámara en ese fragor y ofrece no sólo la imagen de dos cuerpos femeninos que se expresen y retuercen como si fueran un tubo de dentífrico, sino que también ofrece el rumor creciente entre ellas hasta que se convierte en melodía. Es un fatigoso pero magnífico y sensibilísimo retrato del brote de una relación rica y rebosante. Y si la pareja protagonista, la increíble Adèle y la etérea Léa Seydoux, se entregan con la naturalidad y fuerza de los dragones de Komodo a sus ritos sexuales, la vida, o sea, el guión, les exige una entrega aún más desnuda y ferrea en su capítulo de emociones y sentimientos: el rostro de la protagonista tiene tanta expresión y cercanía cuando construye felicidad en él como infelicidad, y provoca momentos de un arrebatado dramático y tan lleno de líquidos y humores que tienen, también, algo de retruque pornográfico. Pro-

bablemente nunca se ha hecho una película que refleje con tanta física y química el amor y lo otro entre dos mujeres, y puede que valga la frase terminada entre dos personas. En fin, que huele a Palma como si ya la hubieran rociado con ella.

La de Alexander Payne tiene otras intenciones y otras virtudes, pero, a modo de ver, las agota igualmente con una historia reveladora. Para todos aquellos que crean que Nebraska es una veterana cadena de cafeterías, descubrirán que es también el lugar que mejor se refleja en el espejo cuando se habla de la América profunda; allí nació Payne, y allí dirige su historia, la de un hombre viejo, terco y enajenado que se empeña en viajar hasta ese lejano descampado para recoger un premio de un millón de dólares que uno de esos panfletos promocionales de la lotería asegura que es suyo... El millón que le espera no es de dólares, sino de hilos con su pasado, con la familia y amigos que dejó allí, y lo que contará en realidad Payne es la relación de ese hombre con su hijo, un alma de cántaro, y la de los lugareños y familiares con la vida (o sea, la televisión y el motor de los coches), con el dinero y con la dignidad. En abrumado blanco y negro, esta historia de paisaje grisón y paisanaje plomizo controla con sutileza su mecanismo interno, tan lleno de vulgaridad como de humor, y con buenos papeles, en especial el del viejo Bruce Dern.

Payne refleja con «Nebraska» las emociones de padre e hijo

La dulce vita

Todos esos tristes tanques



POR FERNANDO R. LAFUENTE

«Todos esos tristes tanques/para nada» escribe Cees Nootboom en su reciente antología de poemas, «Luz por todas partes» (Visor). Para nada, los tanques de Berlín Este, de Hungría, de la antigua Checoslovaquia, de la plaza de Tiananmen en Pekín. Un capítulo del «terror, Marlowe, del terror» (Joseph Conrad) es la deliciosa, a pesar de todo, novela de Wenguang Huang, «El pequeño guardia rojo». Una estampa intimista e irónica de la intrahistoria de una familia china en Xi'an durante la Revolución cultural (1966-1976), extendida a lo largo del tiempo y sostenida por una sombría batalla entre la ingeniería social del Partido Comunista Chino y las profundas tradiciones milenarias del antiguo Imperio del Centro.

La anécdota es entrañable: la abuela no quiere ser incinerada, como orde-

naban las autoridades, sino enterrada en la tierra de sus antepasados, en la vecina Hunan. A partir de ahí, las triquiñuelas y las sombras que el hijo, cuadro del Partido, debe sortear para cumplir con el deseo de su madre. «Lo único seguro en la política china es que no hay nada seguro. Hoy te reciben como un invitado honorable y mañana te encierran como un criminal», advertirá el padre tras la muerte de Mao. La novela está contada desde la visión del nieto, una autobiografía candorosa en la que el aprendizaje de una realidad dura y convulsa se tiñe con los vaivenes de una familia de trabajadores. Tragedia y comedia, dolor y humor se conjugan en unas páginas que dejan en el lector una huella indeleble.

«Barbara», una espléndida, sobria y durísima película de Christian Petzold, candidata al Oscar a la mejor película extranjera, relata, también, la lucha in-



Imagen de «El impostor»

«El pequeño guardia rojo»

► Wenguang Huang. Libros del Asteroide, 2013. Traducción: Juan Castilla Plaza. 304 pág. 12,99 €

«Barbara»

Director. Christian Petzold. Intérpretes. Nina Hoss, Ronald Zehrfeld, Rainer Block. Alemania, 2012. 105 min.

Todocorazón

Nuñez de Arce, 15. 91 522 88 14. Madrid

terior de una médico en la vigilada sociedad comunista del dictador Honnecker. Ya vimos algo de esto en la extraordinaria «La vida de los otros», víctima de un anhelo: salir del infierno, solicitar un permiso para viajar al extranjero, por lo que es castigada con un equívoco exilio al último rincón de la Alemania del Este en el mar Báltico. La acción transcurre alrededor de 1980. Pero aquí, de nuevo, la delación, el ahogo, el miedo, la represión del estado policial se transforma, también, en un viaje hacia el interior de la protagonista. Y el espectador ve lo que no está en la pantalla, los detalles, la atmósfera claustrofóbica, y la compasión de la protagonista hacia otras víctimas como ella.

Todocorazón es una taberna especial. Cercana a la plaza de Santa Ana madrileña. La barra es ya un festín con unas cañas tiradas con elegante arte, perfectas, y unas tapas deliciosas. Una taberna en la que eso tan traído de la relación calidad-precio es excepcional. Y excepcionales son las sardinas ahumadas, las parrilladas (de verduras, de carnes, de pescados), el atún rojo y el ambiente grato y cercano. La gracia de una taberna es su capacidad para convertirse en algo acogedor y Todocorazón es un remanso de alegrías serenas y populares. Casi como podría haber sido la vida sin esos «tristes tanques».